

## RELACIONES DEL ESTADO Y LA IGLESIA CATÓLICA EN CHILE ENTRE 1938 Y 1946 NUEVAS SITUACIONES EN EL MARCO DEL TRATO AFABLE\*

Richard Fairlie L.\*\*

### RESUMEN

Las relaciones del Estado y la Iglesia Católica en Chile entre 1938 y 1946 se desarrollaron en el establecimiento del marco constitucional de la Carta de 1925, que le permitieron su desenvolvimiento y reafirmaron los lazos amistosos generados entre el poder eclesiástico y el poder civil. Los gobiernos radicales de Pedro Aguirre Cerda y de Juan Antonio Ríos demostraron una permanente actitud de respeto y cercanía con la institución religiosa, sus autoridades y sus miembros. De igual modo, los obispos y los clérigos tuvieron muestras afables con las autoridades administrativas y las de otras áreas del país.

Se debe considerar que el arzobispo metropolitano de la capital chilena ha asumido tradicionalmente la representación de la Iglesia nacional para todas las situaciones y acciones por las cuales la institución religiosa se relaciona con el Estado, el gobierno de turno y la sociedad chilenos.

**Palabras claves:** Cardenal Arzobispo José María Caro, Reverendo Padre Alberto Hurtado, Radicalismo, Iglesia Católica, sindicalismo, campesinos, partido Conservador

### THE RELATIONSHIP BETWEEN THE STATE AND THE CATHOLIC CHURCH IN CHILE BETWEEN 1938 AND 1946: NEW SITUATIONS IN THE WITHIN THE AFFABLE TREATMENT

### ABSTRACT

The relationship between the State and the Catholic Church in Chile between 1938 and 1946 took place in the establishment of the constitutional framework of the Charter of 1925, which allowed the country's development and reaffirmed the friendly ties between the ecclesiastical and civil powers. The Radical Governments of Pedro Aguirre Cerda and Juan Antonio Ríos owned a permanent attitude of respect and closeness to the religious institution, its officers and its members. Similarly, bishops and clergy were affable samples with administrative and other areas of the country.

It must be considered that the Metropolitan Archbishop of the Chilean capital has traditionally taken the representation of the National Church for all situations and actions by which the religious institution is related to the state, the government of the day and Chilean society.

**Keywords:** Archbishop Cardinal José María Caro, Reverend Father (RP) Alberto Hurtado, Radicalism, Catholic Church, trade unions, farmers, Conservative Party

Recibido: 15 de octubre de 2015

Aceptado: 16 de noviembre de 2015

---

\* Proyecto de investigación: "Cien Años de relaciones Estado-Iglesia en Chile"

\*\* Magister Artium en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Universidad de Playa Ancha, Campus San Felipe. Departamento Disciplinario de Humanidades. richardfairlie@gmail.com

## INTRODUCCIÓN

La Iglesia Católica en Chile tuvo como marco regulador de sus actividades y sus relaciones con el Estado la misma separación, conseguida unilateralmente, al principio, por el poder civil y luego arreglada diplomáticamente con este en 1925. Así, monseñor Crescente Errázuriz, arzobispo de Santiago de Chile, representando al poder eclesiástico nacional, había aceptado, según sus palabras, como un mal menor el alejamiento del poder civil con respecto a la Iglesia. Finalizaba de este modo el Patronato republicano, a pesar de las dificultades provocadas por el Estado en algunas materias a fines del siglo XIX y principios del siguiente. Todo esto trajo como consecuencia que una gran cantidad de fieles se disgustaran no solo con el gobierno de turno, sino con la misma jerarquía eclesial, porque no comprendieron inmediatamente aquella separación.

La Iglesia Católica en Chile comenzó a reconocerse bajo este nuevo acuerdo constitucional como una corporación con personalidad jurídica bajo las leyes civiles, recibiendo, además, una indemnización en dinero que proveyó el Estado a partir de 1925 y solo por los siguientes cinco años. De ahí en adelante, el Estado y la Iglesia tuvieron, entre 1925 y 1937, unas inmejorables relaciones, producto del entendimiento que hubo en cada una de las partes. Su separación constitucional formal, en 1925, ofrecía nuevas etapas de desarrollo para ambos.

En el decenio de los treinta, la crisis social y económica, que se arrastraba hacia bastante tiempo a nivel del país y que había detonado en 1929, provocó que varios presbíteros debieron recibir un sueldo subsidiado por el Estado (Fairlie, 1991:54). Significativamente, no está demás recordar la carta, enviada en 1934, por el cardenal Eugenio Pacelli en cuanto reorientaba a los católicos chilenos en los términos políticos deseables para la Iglesia.

En efecto, el secretario de Estado vaticano señalaba tres normas eclesiales con respecto a la política interna de Chile: (1) que la Iglesia no tenía partido político que la representara ante las instituciones estatales chilenas, (2) que ningún partido político chileno podía arrogarse el derecho de representarla y (3) que cada católico debía y podía votar por quien deseara, siempre y cuando el elegido políticamente asumiera una actitud de respeto hacia la Iglesia católica y que esta siempre tuviera libertad de ejercer su culto. Además, fijaba la postura católica de los fieles en las relaciones legítimas que debían sostener con las autoridades de gobierno, posición que era conocida y habitual con gobernantes en otras latitudes.

La jerarquía eclesiástica se alineó de acuerdo a la posición vaticana, definiendo una idea muy clara acerca de la votación de los feligreses en elecciones y plebiscitos chilenos. Sin embargo, un grupo destacado de católicos que venían divididos por la comprensión diversa de la doctrina social de la Iglesia y su aplicación en el orden terreno y político acentuaron su debate al interpretar la carta de monseñor Pacelli. Todo esto llevaría a sellar una división a fines de los treinta.

El problema, entonces, se planteó a nivel de los fieles y de todos los ciudadanos, puesto que los diarios *La Unión* y *El Diario Ilustrado*, de Valparaíso y Santiago de Chile respectivamente,

no publicaron en forma completa la carta del Cardenal Pacelli. Efectivamente, los lazos al interior de la Iglesia y de los que había fuera de ella, según un articulista conocido como Observador Eclesiástico de la revista *Hoy*, eran: *una total desvinculación entre el pueblo y el clero, entre las masas y la Iglesia de Cristo* ("Panorama actual de la iglesia chilena", revista *Hoy* n°175, 1935:10). De este modo, la recepción del prelado vaticano por un sector de los católicos no fue aceptada totalmente.

Los fieles conservadores no deseaban que los demás católicos conocieran las ideas eclesiales que no les favorecían políticamente, lo que originó una controversia en la prensa anticlerical ya mencionada. Finalmente, esto impidió el afiatamiento entre los pastores y la totalidad de su feligresía, además de las relaciones de la jerarquía y la sociedad civil. De esta manera, se profundizaba una grieta que se había originado antes de 1935. La desvinculación de la jerarquía católica y el pueblo se evidenciaba. La opinión pública observaba el estrecho lazo de amistad entre el gobierno conservador de Arturo Alessandri, segunda administración, y la administración arzobispal de monseñor José Horacio Campillo, el cual poseía un perfil aparentemente neutro y al cual no le tenía en estima una parte de los fieles.

Se reprochaba a la Iglesia y a *El Diario Ilustrado* la publicación incompleta de dos documentos: uno, la encíclica papal de Pío XI "Quadragesimo Anno"; y, otro, la carta pastoral de monseñor Pacelli sobre los deberes de los católicos frente a la política partidista en Chile. ("¿Quién gobierna la Iglesia chilena", revista *Hoy* n°204, 1935).

Acerca de la situación internacional, se presentó el comentario negativo de Jacques Maritain en torno a la rebelión de Franco en la España de 1936. Este francés y pensador católico tuvo seguidores entre los católicos chilenos, especialmente entre los nacientes falangistas, lo cual selló la división de los católicos en materia política.

## **CONTINUIDAD DEL RESPETO MUTUO Y DE LA AMISTAD ENTRE EL ESTADO Y LA IGLESIA CATOLICA EN CHILE**

En 1938, la Iglesia católica a poco de crear la Unión de Campesinos debió disolverla, pues los agricultores estaban disconformes con las acciones de la autoridad eclesial en aquella materia y con la misma organización rural. Efectivamente, la institución religiosa, pudiendo realizar una labor de promoción campesina que el campo demandaba, se retractó y perjudicó a sacerdotes, como el presbítero Oscar Lärson, que cooperaba con la promoción social de los más humildes y que debió irse, por un tiempo, fuera de Chile.

En tanto, la campaña de elección presidencial del año mencionado se veía enturbiada por elementos filosóficos, religiosos, políticos, e influenciada por algunos sucesos internacionales. Los católicos conservadores le atribuían a estos factores externos los peores males que Chile podía soportar, considerando a la república española, a los republicanos y a la guerra civil española iniciada en 1936. Además, del mal ejemplo, para todos los chilenos, de las experiencias de izquierda de veinte años en la Unión Soviética, desde la Revolución bolchevique de 1917 y su posterior gobierno. A pesar de toda la campaña difamatoria, en octubre de 1938, el pueblo

chileno eligió un gobierno de centroizquierda y se rompió el conservadurismo en dos grandes facciones.

Por entonces, las relaciones del Estado y la Iglesia se comenzaron a refundar en la amistad y la simpatía mutua entre dos jefes, uno del poder civil, el presidente Pedro Aguirre Cerda, y el otro del poder eclesial, monseñor José María Caro, cuando era arzobispo de La Serena. Así, de modo circunstancial, días después de celebrada la elección presidencial el 25 de octubre de 1938, que otorgó 222.720 votos al candidato Aguirre Cerda y 218.609 al candidato Ross, el prelado consideró su deber emitir una declaración concebida bajo los siguientes conceptos:

Según las enseñanzas cristianas, los gobernantes, cualquiera que sea el modo de su elección establecido por la Constitución de un país, reciben de Dios la autoridad de que están investidos, para ejercerla en pro del 'bien común' y dentro de la órbita de atribuciones que la Constitución y su propio fin les señalan.

Para los que tienen como fundamento de la autoridad la fuerza material, que por sí sola jamás puede ser fuente legítima, 'no hay potestad' que obligue la conciencia. 'sino la que viene de Dios', fuente de todo orden y de toda obligación moral.

Si su gobierno se ejerce (...) por el contrario (...) eso mismo está manifestando (...) la cooperación al legítimo gobernante (...) la cooperación del buen ejemplo, que es tan poderoso para difundir el bien, como el malo lo es para sembrar el mal. Tal es la actitud que con toda sinceridad hemos de observar los católicos tanto para con nuestros actuales gobernantes, como para con los futuros, comenzando por el Supremo Mandatario que se acaba de elegir, a quien desde luego le deseamos todo acierto, en nombre de la Iglesia, respetuosa siempre de los legítimos gobernantes y anhelosa del bien común, para el bien de nuestra querida patria. (Salinas, 1981: 156-157).

Aquella declaración pública del prelado serenense tuvo un apreciable influjo en los católicos y, de alguna forma, apoyó lo que correspondía al Congreso Nacional en pleno, que era la resolución definitiva de dicha elección presidencial, según lo dispuesto por la ley constitucional. Porque en palabras de su exsecretario y exvicario Joaquín Morandé Fuenzalida:

Gustaba el señor Cardenal Caro, de expresar su apoyo a las autoridades legítimamente constituidas, y de recordar los pasajes de los Santos Libros que se refieren al ejercicio del poder en las personas correctamente designadas por los electores. En esto se fundamentó al escribir aquel famoso artículo, en el diario de La Serena, referente al resultado de la contienda electoral, entre don Pedro Aguirre Cerda y don Gustavo Ross Santa María. Partidarios de ambos bandos atribuyeron las palabras del señor Obispo de La Serena, como referentes al candidato de su preferencia. (Caro y otros, 1969: 131)

De este modo, el arzobispo de La Serena, monseñor Caro, señaló el respeto y aceptación que merecían los electores que habían optado por el candidato radical Aguirre Cerda, dándole su mayoría. Siempre monseñor José María Caro había saludado con alegría las victorias democráticas de los chilenos. Sin embargo, la Iglesia nacional se vio afectada por estos sucesos, ya que el

mismo prelado favorecía la comunicación más expedita posible entre la Santa Sede y sus feligreses. Esto repercutió en su persona cuando fue nombrado al solio episcopal metropolitano en 1939.

Paralelamente, se arrastraba un problema interno en la Iglesia de Santiago de Chile: el Vaticano solicitaba la renuncia formal al primer arzobispo capitalino José Horacio Campillo, en cuya nominación no había intervenido ningún gobierno como había ocurrido con sus antecesores bajo el Patronato. Al fin, los cambios llegaron, tanto a nivel de gobierno civil como de la administración eclesial capitalina. El triunfo del Frente Popular llevó a su candidato Pedro Aguirre Cerda a la presidencia de Chile y en la capital fue nombrado arzobispo monseñor José María Caro, en reemplazo de monseñor Campillo, que había renunciado.

Monseñor Caro, siendo arzobispo de La Serena, antes de su nombramiento en la capital chilena, sin ser partícipe de las ideas del nuevo gobierno, mantuvo el respeto desde el primer momento con las nuevas autoridades políticas y más aún reconoció la victoria del Frente Popular. Sin embargo, este consentimiento episcopal causó malestar en un sector de fieles junto a una parte del clero, que seguían propugnando una Iglesia aliada al partido Conservador, catalogándose de culpable de desacato al Papa (Caro y otros, 1987). Contribuyó a la frialdad en el recibimiento y su aceptación del nuevo Arzobispo metropolitano el origen modesto de su familia campesina y el desconocimiento que poseían los capitalinos del prelado.

Otra de las consecuencias producidas en 1938 fue la división, no deseada por varios pero sin tener otra salida, del Partido Conservador, que era la colectividad política católica por excelencia en Chile. Esto, un mes después del triunfo del Frente Popular que llevó a Pedro Aguirre Cerda a la Moneda. A partir de ese quiebre, producido por la fundamental y profunda disparidad de criterio social de ambas corrientes, se formó la Falange Nacional. No obstante, este suceso envolvía a todos, incluso a los silentes. En efecto, el jesuita Alberto Hurtado, que había evitado toda intervención en lo político, incluso para sorpresa de quienes lo conocieron en la Facultad de Derecho, tuvo una clara postura frente a la fragmentación del partido Conservador.

Al año siguiente, las visitas que monseñor Caro realizó al elegido primer mandatario Aguirre Cerda, primero, como arzobispo de La Serena (asumió en 21 de agosto de 1939) y, luego, como arzobispo de Santiago de Chile (asumió en 14 de octubre de 1939) pudieron parecer protocolares pero los hechos demostraron que eran resultado de una mutua estima. Más aún considerando la conciencia masónica del presidente de la república, hubo "una exquisita y amable bondad y de amistad respetuosa y muy sincera" (Caro y otros, 1969:131).

Los otros dos influjos para dicha amistad fueron la modestia, tal vez la pobreza que habían sostenido cuando eran niños, y el temple y la virtud de la esposa del presidente de la República. Estas tres personas fueron comentadas por un notable eclesiástico, años más tarde: "Así fue como enlazaron sus vidas en un admirable designio de Dios." (Salinas, 1981:158).

El 14 de octubre de 1939, el arzobispo Caro tomó posesión de la arquidiócesis santiaguina, realizando todos los actos administrativos y religiosos propios. En su primera carta pastoral como arzobispo capitalino, pronunció las siguientes palabras:



Y contamos con esa caridad y oraciones no sólo mañana, sino que las pedimos para siempre, porque siempre las necesitaremos. Y las pedimos no sólo a favor nuestro, sino que las pedimos por... el Papa,... la Iglesia de Chile, por el mejor acierto de nuestro Gobierno y prosperidad de nuestra querida patria... (Salinas, 1981: 154).

Las relaciones del Estado y la Iglesia, entonces, fluyeron y se renovaron en la amistad y en la simpatía mutua entre el presidente Aguirre Cerda y el Arzobispo Caro. Tanto fue que en el año 1939 y el siguiente, algunos personeros del gobierno, deseando lo mejor para Chile, gestionaron un beneficio para la comunidad católica nacional. Efectivamente, el jefe de Estado, a través de su ministro de Relaciones Exteriores, solicitó a la Santa Sede la dignidad cardenalicia para el arzobispo metropolitano chileno. Por entonces, los funcionarios gubernamentales ignoraban que el nombramiento de cardenal dependía exclusivamente del Papa y que al ser solicitado se presionaba la voluntad pontificia, con publicaciones a favor de monseñor Caro, a quien le incomodaba dicha acción debido a que no creía ser merecedor de aquel capelo. A su vez, el nuncio apostólico, monseñor Aldo Laghi, reprochó al prelado metropolitano, pues creía que tal manifestación civil debía evitarla de alguna manera (Fairlie, 2006).

Mientras tanto, los obispos chilenos recomendaron que los jóvenes menores de veintiún años, los cuales no tenían derecho a voto, se abstuvieran de participar en política partidista, preocupándose de formarse bien para luego participar responsablemente. En 1941, el arzobispo Caro reiteró estas normas que fueron asumidas por el padre Alberto Hurtado, en lo referente a la dirección de la juventud católica. No obstante, este jesuita les recordó a los católicos que se le acercaban la libertad que tenían para pertenecer o no a un partido político o para sostener o no alguna ideología, salvo que defendieran a la Iglesia ante una situación de atropello.

El diálogo permanente entre el gobierno radical y la Iglesia católica, entre 1938 y 1941, contribuyó a la facilidad para efectuar los eventos más significativos del Congreso Eucarístico Nacional frente al edificio-casa de gobierno la Moneda (Fairlie, 2006). Uno de los días del evento religioso mencionado, el 7 de noviembre de 1941, día dedicado a los niños, fue utilizado por un locutor para rezar un padrenuestro por la salud del presidente de la República, gravemente enfermo (Salinas, 1981).

En tanto, el jesuita Alberto Hurtado publicó en 1941: "¿Es Chile un País Católico?", texto mediante el cual -herido por la distancia entre ricos y pobres y por la frialdad con que las clases acomodadas chilenas observaban el problema social- realizó un crudo y provocador análisis de la forma en que se vivía el catolicismo en Chile. Con esto cuestionaba a la sociedad y a las instituciones del Estado de modo indirecto, pues los conservadores estaban en puestos claves de la sociedad y del Estado. Más aún, cuando enfrentaban lo que ellos designaban como el comunismo internacional que se cubría con el ropaje nacional, el sindicalismo y las peticiones socioeconómicas justas. El lenguaje utilizado por algunos católicos, como el padre Hurtado, y por los sindicalistas era similar a lo que socialmente se identificaba por el socialismo de aquella época.

En cuanto a la relación de la Iglesia con el gobierno y el Estado, hubo sentimientos encontrados. Por un lado, el Congreso Eucarístico Nacional, evento pastoral y religioso católico celebrado en octubre y noviembre de 1941, había dejado a la Iglesia con un sentimiento de triunfo ante la sociedad, y más elocuentes no pudieron ser las palabras del arzobispo metropolitano: "El altar Central del Congreso, se erigió en la Plaza Bulnes, frente al Palacio del Gobierno; lo que ciertamente no habría podido realizarse con los gobiernos anteriores" (Caro y otros, 1981:96).

De esta manera, el prelado santiaguino se congraciaba con el gobierno de centroizquierda y mantenía alejada a la institución religiosa de vías partidistas. Sin embargo, el presidente de la República había seguido desde lejos los actos del congreso religioso, debido a su enfermedad. No obstante, se hizo representar por su ministro de Relaciones Exteriores (Salinas, 1981).

Por otro lado, la agonía de la más alta autoridad republicana planteó al prelado santiaguino más de alguna dificultad de orden espiritual, ante la cual primó la tolerancia:

... el respeto a la propia conciencia del señor Aguirre Cerda. Nunca pasó por la mente de Monseñor Caro proceder en contra o sin considerar esa conciencia. Pero, ¿no había dado muestras el Señor Aguirre Cerda de estimación a la Iglesia? El Congreso Eucarístico, realizado con la más amplia cooperación del Gobierno de dicho Presidente, ¿no era una extraordinaria manifestación no sólo de respeto sino también de aceptación y aprecio? (Salinas, 1981: 213-214).

Finalmente, el moribundo aceptó los sacramentos administrados por el prelado santiaguino. Ambos habían alcanzado a ser grandes amigos. De manera que, al fallecer el primer mandatario, monseñor Caro, con la solemnidad que requería la ocasión, elogió su figura, poniendo de relieve las diversas instituciones que había creado, específicamente las que servían

para socorrer la educación de los niños que vagaban por el Mapocho, para dar trabajo a los lisiados para facilitar la instrucción de los que quisieran aumentarla en las horas libres que les sobraban, después del trabajo, obras en las cuales revelaba su espíritu bienhechor hacia los necesitados (Caro, 1969: 96).

Las palabras de monseñor Caro expresaban la amistad que lo unía al presidente, encabezando el funeral en la Catedral Metropolitana y acompañando a pie el féretro presidencial hasta el Cementerio General, a pesar de sus 75 años (Salinas, 1987: 214-215).

Todo esto, a fines de 1941, auguraba una grata continuidad en las relaciones del Estado y la Iglesia católica, aportando mayor solidez y respeto, con el fin de que cada uno desarrollara sus propias funciones y alcanzara sus objetivos (Fairlie, 2006). Mientras el país era gobernado por el Frente Popular y superaba gradualmente los daños del terremoto de Chillán, existía una crítica del clero al libro publicado, en el mismo año, por el padre Hurtado. Su título: una pregunta acerca de si Chile era un país católico dejaba una duda establecida entre los fieles. La interrogante no fue bien recibida por todos los católicos, lo que ocasionó gran disparidad entre religiosos y clérigos.



Los esposos: el presidente de la República, Pedro Aguirre Cerda, y Juanita Aguirre de Aguirre Cerda, la primera dama.

Más aún, los conservadores criticaron dura e implacablemente a su autor por desconocer los esfuerzos que la Iglesia hacía por el país. Tal vez el reproche era un medio para congraciarse con la alta jerarquía y obtener algún beneficio de parte de esta, sobre todo la autorización para seguirla representando en la política contingente, como había sido en el siglo XIX. Otros comenzaron a otorgarle validez social y religiosa a dicha publicación. Ambas corrientes de opinión reflejaban las tensiones existentes entre los católicos y evidenciaban los modos de entender la actividad eclesial en la sociedad y la relación de la Iglesia con el Estado. Aunque este no se inmiscuyó, observaba atento la situación por medio de la opinión pública y sus contactos con ella.

No obstante el ambiente de debate al interior de la Iglesia, esta asumió un sentimiento y actitud de triunfalismo que se prolongaría durante años frente al Estado y a la sociedad chilena. Dos evidencias de su sentir: por una parte, la construcción de un templo en el centro de la capital, al lado de la plaza Diego de Almagro. El templo era de la congregación de los Sacramentinos e imitaba a la Basilique de Sacre Coeur, de París. Por otra parte, el proyecto de construcción de un nuevo templo votivo nacional en Maipú. Además de la edificación del templo-basílica de la Virgen de Lourdes, en Quinta Normal, por los padres asuncionistas; al cual se le agregó, en 1947, las estatuas de varios profetas que rodeaban la cúpula principal, manteniendo el estilo románico. La celebración del gran evento religioso mencionado, junto al momento civil que se



vivía, impactó en la sociedad. De esta forma, se expresaba la unidad del pueblo chileno, ya que se armonizaba la tolerancia y el respeto a la democracia y la presencia de la fe cristiana transmitida en un acto público católico.

Mientras esto sucedía, un joven falangista muy preparado, católico, el abogado Eduardo Frei Montalva, unía dos elementos que parecían estar disociados: la política y el espíritu. Ambos vocablos constituían el título de uno de sus libros, el cual era leído por los jóvenes e intelectuales del momento. En 1942, se eligió un nuevo gobierno de centroizquierda, presidiéndolo el radical Juan Antonio Ríos, quien mantuvo buenas relaciones con la Iglesia. El nuevo primer mandatario tenía la misma predisposición de su antecesor, porque contribuyó a facilitar los contactos políticos con Argentina ante el proyecto del Templo Votivo de Maipú.



Eminentísimo cardenal primado de Chile, arzobispo José María Caro Rodríguez.

El 16 de julio de 1942, al proyecto de un Templo Votivo se le aseguró la cooperación nacional y argentina.<sup>1</sup> Por esto, el arzobispo de Santiago realizó un viaje a Argentina el 24 de septiembre para dar a conocer a las autoridades pertinentes dicho edificio religioso y, así, interesarlas. El gobierno trasandino cumplió con las intenciones de la ilustre visita y, entre otras acciones, según palabras del mismo arzobispo de Santiago, “decretó para la Virgen del Carmen honores de Generala, en el mismo grado que ya los tenía la Virgen de La Merced” (Caro y otros. 1969: 103).

Por el mismo año de 1942, se reafirmaba la situación jurídica y legal de la Iglesia católica en Chile. Gonzalo Barriga Errázuriz, articulista que escribió “La Personalidad Jurídica de la Iglesia ante la Reforma Constitucional del año 1925”, en la Revista *Derecho y Jurisprudencia y Ciencias Sociales de Chile*, destacaba las bases de aquellas amistosas relaciones que sostenían ambos poderes.

No obstante, a mediados del mismo año, el padre Hurtado publicaba otro libro titulado *Puntos de Educación*, dedicando el capítulo IV al tema de la formación política de los jóvenes católicos. En esta materia, asumía las enseñanzas de los obispos chilenos, por lo que la polémica prontamente se desató. Considerando, además, la publicación que cuestionaba el catolicismo en el país, los líderes conservadores rechazaron la fuerte inclusión de la Iglesia sobre la familia en materia de educación política. (Zegers, *Diario Ilustrado*, 4 de agosto de 1942). Desde el clero, un distinguido sacerdote de la arquidiócesis de Concepción criticó las ideas del jesuita. El clérigo era monseñor Miguel Alvear Fritz, quien, probablemente, llevaba la representación de su arzobispo, y opinaba, en *El Diario Ilustrado*, que los planteamientos del padre Hurtado no lograrían formar a la juventud ni moldear su criterio ni tampoco conquistarla para el apostolado.

Producto del congreso mariano, el arzobispo capitalino, el 30 de abril de 1943, decretó el inicio de los trabajos que construirían el nuevo santuario patriótico. Para tales efectos, nombró a una comisión directiva encargada de promover y acelerar su edificación, presidida por monseñor Teodoro Eugenin, vicario castrense de Chile, quien fue confirmado por el Episcopado nacional. Más adelante, el 16 de julio del mismo año, en el Aula Magna del palacio arzobispal tuvo lugar la reunión pro-fundación del nuevo Templo Votivo de Maipú. Un año después se colocó y se bendijo la primera piedra.<sup>2</sup>

Al acto del 16 de julio de 1944 asistieron altos representantes de la Iglesia, el nuncio apostólico, obispos de casi todas las diócesis chilenas y dignidades eclesiales, el presidente

1 Lo que aconteció fue que en el Congreso Mariano de 1942 se comprometió a diversas autoridades al cumplimiento del voto de los Padres de la Patria, O'Higgins y San Martín, ante la imagen de la Virgen del Carmen de la Victoria, según cuenta la tradición. Este voto comprendía el compromiso de construir un templo en honor de la Virgen del Carmen si las fuerzas independentistas triunfaban sobre las monárquicas aquel año de 1818, lo cual se logró el 5 de abril en la Batalla de Maipú.

2 El 2 de noviembre de 1943 se cerró el concurso internacional de anteproyectos para dicha construcción. El jurado estuvo compuesto por civiles y religiosos. De estos últimos, el vicario Eugenin y el artista benedictino fray Pedro Subercaseaux concedieron al arquitecto chileno Juan Martínez el primer premio y al arquitecto argentino Carlos Pelandén, el segundo premio.

de la República Juan Antonio Ríos, los expresidentes Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez, los presidentes de los poderes legislativo y judicial. También el vicario general castrense del Ejército y la Marina, además de otros personeros de las fuerzas armadas, el embajador de España, el cuerpo diplomático y el delegado de la Iglesia católica argentina. El discurso de fondo de la ceremonia a nombre de los obispos de Chile fue pronunciado por monseñor José María Caro. La delegación argentina estuvo presidida por el vicario general castrense del Ejército argentino, monseñor Andrés Calcagno. Bendijo la primera piedra el nuncio apostólico en Chile, monseñor Mauro Silvani.

No obstante los actos religiosos de alto nivel, en los cuales estaban involucradas autoridades civiles, los problemas del padre Hurtado con la Iglesia gradualmente se profundizaron y se destacaron más que el mismo congreso mencionado y sus consiguientes beneficios. En efecto, unos años antes, en 1941, el jesuita había sido nombrado asesor de la Acción Católica de Jóvenes, ACJ, de la arquidiócesis de Santiago, formada principalmente por muchachos que apenas tenían los veinte años y luego pasó a ser el capellán guía de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC, a nivel de país; pero nadie había calculado el enorme influjo que causaría en la sociedad chilena.

La vehemente y comprometida labor del sacerdote jesuita, quien recorrió todo el país creando nuevos centros católicos y reclutando nuevos jóvenes adherentes de la ANEC, hizo que creciera ostensiblemente la preponderancia de dicha organización juvenil. De modo que cuando asumió su cargo de los mil quinientos inscritos, en 1941, aumentaron, a mediados de 1944, a los doce mil. El mismo religioso jesuita indicaba que "para que el cristiano pueda cumplir su misión regeneradora tiene que tomar una posición heroica, salir de su concepción burguesa, que es la antítesis de la primera; en otros términos, tiene que tomar al pie de la letra las enseñanzas totalitarias de Cristo." (Padre Alberto Hurtado, web emol).

Y las dificultades se presentaron rápidamente, puesto que la pugna entre el partido Conservador y la Falange hacía insostenible la labor pastoral del padre Hurtado. Así, por un lado, los obispos chilenos no deseaban que ningún dirigente político -ni conservador, ni falangista- participara primero en la ACJ y luego en la ANEC. El jesuita no estaba de acuerdo con esto, pues consideraba que era limitarse de manera innecesaria y que esta medida sería peligrosa dada la carencia de líderes en Chile, más aún de líderes católicos que estuvieran de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia.

Por otro lado, el partido Conservador -que lo acusaba además de ser amigo de falangistas- lo presionaba por plegar a los jóvenes a sus filas, lo que fue irrenunciablemente resistido por el jesuita Hurtado. El presidente del partido Conservador, Carlos Aldunate, le escribía que en un pueblo, como el chileno, donde la política de partidos era, en el fondo, religiosa o antirreligiosa, no podía prescindirse de la Iglesia católica. Además, sospechaba que el padre Hurtado estaba trabajando para la Falange. A las acusaciones de injerencia en política y de ideas avanzadas en materia social se unía la ruptura con el obispo Salinas de una amistad de veinticinco años.

Por entonces, el padre Hurtado sostenía una idea muy amplia de la obediencia a la jerarquía al interior de la Iglesia y un concepto bastante poco favorable del episcopado. Esto, que





Presidente de la República de Chile Juan Antonio Ríos (1942-1946).

denotaba una gran distancia en las concepciones del catolicismo que poseía el jesuita, junto con sus ideas que impactaban a los jóvenes, provocaba una presión para que renunciara al cargo que ostentaba desde el 10 de noviembre de 1944. No obstante, un problema que enfrentaba el padre Hurtado era que el mensaje de Cristo no llegaría al mundo obrero mientras no se instalara en el mundo sindical la Doctrina Social de la Iglesia.

El padre Hurtado se percataba de que los obreros tenían desconfianza de los católicos y de la Iglesia católica y su jerarquía, ya que los únicos preocupados de sus problemas eran el partido Comunista y el partido Socialista. El primero controlaba el 80 % de los sindicatos; el segundo, el 20 %. Ante esta preocupante situación, el jesuita no exculpaba a los patrones, ni a los católicos, ni a la propia Iglesia. Así, fundaría más adelante, en 1945, la ASICH, a pesar de las reticencias iniciales del episcopado, que creía que sería utilizada dicha organización como una trinchera del comunismo dentro de la Iglesia. Los problemas continuaron para el padre Hurtado.



Lo anterior que denotaba una gran distancia en las concepciones del cristianismo hizo que el cuestionado sacerdote jesuita renunciara a la ACJ el 10 de noviembre de 1944.

Mientras tanto, el arzobispo capitalino se presentaba como un conservador social en su manera de ver la vida y actuar. Promovía la caridad y la ayuda social, pero sin mezclarlas con la política partidista. De manera que no entendía ni apreciaba a la Falange Nacional, pese a que este conglomerado político se proclamaba como católico o al menos que seguía las enseñanzas del Evangelio, las ideas de los Sumos Pontífices y las cartas pastorales de los obispos católicos tanto chilenos como europeos (Piñera, Bernardino, 2009). Otros obispos en Chile también sostenían una labor religiosa y pastoral, aunque no todos. En cualquier caso, a fines de los cuarenta, el jesuita Hurtado señalaba que la intervención de los obispos en la unificación política de los católicos en Chile, fuera oficial o no, sería perjudicial para la Iglesia si esta llegaba a ser conocida por las izquierdas.

Durante aquellos años de suspicacia, la postura de Alberto Hurtado fue interpretada por el partido Conservador como de claro apoyo a la Falange, estimando que si un católico no estaba con los conservadores estaba definitivamente contra ellos. Aunque los estudiosos de la vida del padre Hurtado, como el exministro William Thayer, eran enfáticos al indicar que durante toda su vida tuvo el cuidado de no inmiscuirse en las disputas de los partidos y que –contrario a lo que se cree hasta hoy– jamás tuvo vinculación ni con los orígenes ni con el posterior desarrollo de la Falange Nacional. Lo cierto fue que defendió a este nuevo partido ante el papa Pío XII por la libertad que le facultaba la carta de monseñor Pacelli.

Asimismo, aparte de otras actitudes del sacerdote que también eran observadas con recelo por los conservadores, existían, a pesar de lo que pensarán del padre Hurtado –igual que de la Falange–, otros religiosos que urgían a aplicar la Doctrina Social de la Iglesia debido a que los hechos lo ameritaban. Por ejemplo, monseñor Manuel Larraín Errázuriz pronto estaría en la línea social de su amigo el padre Hurtado. Aunque se dice que el jesuita no se planteaba su acción en términos políticos, consideraba que los conservadores defendían solo los intereses patronales, reclutándose entre las personas de mayor riqueza y de alta posición social, los cuales se empeñaban solo en destruir a la Falange y de paso no realizar ninguna acción tendiente a una mayor justicia social que proclamaba la doctrina mencionada.

Por todo esto, se producía tirantez entre los fieles de la Iglesia, más cuando desde 1941, fecha de publicación “¿Es Chile un país católico?”, se mantenía el rechazo de un grupo importante de católicos a este libro del jesuita Alberto Hurtado. En aquel texto, el religioso –herido por la distancia entre ricos y pobres y por la frialdad con que las clases acomodadas chilenas observaban el problema social– realizó un crudo y provocador análisis tanto de la forma en que se vivía en Chile como de la práctica del catolicismo chileno. Al sostener su crítica durante los siguientes años, no perturbó la relación de la Iglesia con el Estado; pero cuestionaba, de modo indirecto, a la sociedad, su cultura y a las instituciones del Estado.

Los conservadores ocupaban puestos claves de la sociedad y del Estado. Asimismo, consideraban estrategias para enfrentar lo que señalaron como el comunismo internacional que

se cubría con ropa nacional; en el caso chileno, con el sindicalismo y las peticiones socioeconómicas justas para los demandantes y ficticias, o al menos sin solución, para los demandados. Gradualmente, los conservadores arrastrarían a algunos radicales en este pensamiento. También el lenguaje utilizado era similar a lo que se identificaba con el socialismo y con el catolicismo social, calificando por igual a todos aquellos que sustentaban la promoción social, como los agitadores de las masas y de conciencias. Entre estos últimos se contaban muy pocos católicos, entre clérigos y seglares, lo que significaba descalificar socialmente al adversario sin admitir siquiera la caridad en términos teóricos.

En “¿Es Chile un País Católico?”, se definían algunas frases muy fuertes para aquellos tiempos y que han trascendido como “La caridad comienza donde termina la justicia” y “La alegría o el dolor es siempre visita de Dios”. Ni en público ni en privado los conservadores aceptaban estas palabras y en el plano religioso a veces las aguantaron a regañadientes. Con todas estas iniciativas concretó el padre Hurtado, como la Acción Sindical Chilena, ASICH, para unir a los cristianos en actividades y gestiones sindicales (Aliaga, 1989).

Asimismo, el jesuita no dejó de reconocer el esfuerzo de los izquierdistas en promover a los pobres y a los trabajadores. De esta manera, en más de una ocasión manifestó que, aun cuando no todos los líderes sindicales eran católicos, se debía apoyar a cualquiera que luchara por la clase obrera. Esto significaba apoyar a un comunista si era necesario (Costadoat, 2005).

Mientras tanto, en el año 1945, un católico se había destacado en el gobierno de Juan Antonio Ríos. Aunque sin representar a su Iglesia, se lo consideraba un buen exponente de esta. Efectivamente, Eduardo Frei Montalva se desempeñó como ministro de Obras Públicas, asumiendo, por primera vez, un militante falangista una responsabilidad gubernativa. El cargo lo poseyó solo un año, ya que renunció debido a sus principios personales que eran los del humanismo cristiano y por los cuales no pudo dejar pasar un acto de violencia innecesaria del gobierno con sus propios compatriotas, al intentar reprimir una manifestación, provocando numerosas víctimas.

Con todo, el anhelo de católicos y no creyentes se vio colmado cuando, en 1946, el Vaticano regaló a Chile, específicamente a la Iglesia católica chilena, el primer capelo cardenalicio, que le correspondió al arzobispo José María Caro. Una gran alegría llenó todo el ambiente nacional y las relaciones del Estado y la Iglesia fueron estimuladas por este evento. Lamentablemente, de modo paradójico, el dolor embargaba al pueblo chileno, pues terminaba el gobierno de Juan Antonio Ríos de la misma manera que el anterior, con el fallecimiento del presidente de la República en ejercicio debido a una enfermedad incurable por aquel entonces.

## CONCLUSIÓN

Entre 1938 y 1946, hubo excelentes relaciones entre el poder civil y el eclesiástico. Efectivamente, las relaciones del Estado con la Iglesia católica en Chile usufructuaron de las bases cimentadas por el presidente Pedro Aguirre Cerda y el arzobispo José María Caro. Luego se

solidificaron con la mutua y nueva amistad que este prelado tuvo con el sucesor del gobernante mencionado, la cual redundó en diversos beneficios para ambos. Todo esto se logró bajo el amparo de la Carta Fundamental de 1925 y la tradición republicana de Chile, regulados por la estabilidad y la democracia propia de la convivencia social. A pesar de la presión ejercida por los conservadores a algunos clérigos, como al padre Alberto Hurtado, a quien no deseaban ver inmiscuido en política partidista. Naturalmente, el religioso no lo estaba. La jerarquía eclesiástica acompañó al poder civil en distintos ámbitos de la vida nacional.

No obstante, por un lado, la Iglesia católica en Chile debió enfrentar, todavía muchos años después de 1925, la influencia del partido Conservador debido a que hasta en su propia pastoral influyeron los sectores acomodados católicos rurales. En 1938, se debió disolver la Unión de Campesinos por presión de muchos agricultores. Así la jerarquía constató el rechazo de una parte de sus fieles y asumió las dificultades que algunos de ellos le ocasionaban.

Debe destacarse que la elección de Pedro Aguirre Cerda se debió en parte a la acción realizada por los católicos que, utilizando el derecho y la orientación vaticana, cuatro años antes, habían votado en conciencia y de modo libre, dando el apoyo a un gobierno de centroizquierda. El periodo 1938-1946 estuvo marcado para la Iglesia por un excesivo triunfalismo y apoteosis religiosa que se vieron materializados en las construcciones de algunos templos, en tanto el desmedro económico del pueblo era evidente pues la crisis prolongada de 1929 aún hacía sentir sus efectos. Sin embargo, la Iglesia no era la que podía solucionar los problemas socioeconómicos de los chilenos.

En cambio, para el Estado, si este observaba atentamente, un jesuita se atrevía a decir lo que realmente ocurría con los trabajadores, los estudiantes y los pobres, interpelando a los responsables políticos de turno. La inquietud social no podía superarse con la pastoral, sino solo considerando el apoyo del poder civil en algunas iniciativas y acciones mixtas, donde el Estado estuviera involucrado. Fue gracias a la iniciativa de algunos religiosos católicos y a la participación de jóvenes políticos que no eran católicos, que se enfrentó la problemática social. Igualmente, un gobierno radical impulsó por sus medios y sus criterios el avance de la sociedad.

Existía el temor del clero en general a las ideas de izquierda. Salvo contadas excepciones, se mantuvo latente en todo el periodo 1938-46, más aún cuando llegaban, en 1946, noticias desde Europa post Segunda Guerra Mundial e informaciones de algunos sacerdotes que venían en misión a Chile acerca de la férrea forma de gobernar que sostenían las autoridades de los países del socialismo real. Por esto, la jerarquía católica no deseaba que se la malinterpretara y que se juzgara equivocadamente por la opinión pública y sus feligreses acerca de la participación y ayuda social donde ella no tenía gran experiencia, como en el sindicalismo. Además, la Iglesia se daba cuenta de que el mundo de los trabajadores, especialmente el ámbito obrero, se alejaba de los templos y solo participaba cuando se celebraban ritos, como bautizos, matrimonios y funerales, y algún evento religioso masivo tradicional. El Estado como lo era el de Chile, laico e irreligioso, según las leyes constitucionales, se cuidaba de la influencia religiosa que aún se presentaba potente.

La propuesta social dentro de la Iglesia católica tuvo reducida aceptación todavía a mediados de los cuarenta del siglo pasado. El socorro social era visto como caridad, pero no como justicia, aunque la Doctrina Social de la Iglesia desarrollada por los papas y los obispos señalaba que debía promover una realización de la justicia en la sociedad humana, sin distinción de ningún tipo. Entonces, la caridad y la justicia eran entendidas y aceptadas sin diferencias en la mayoría de los fieles más aún cuando quedaban registradas en categoría personal, esto es, en la conciencia de cada fiel. Solo la caridad se articulaba y organizaba en diversas obras que algún grupo parroquial o movimiento religioso de menor amplitud pudiera implementar. Faltaba todavía claridad y un impulso mayor para organizarla junto a la promoción de la justicia, pero esto se presentaría posteriormente a 1946. El Estado chileno, en el período tratado de 1938 a 1946, hizo lo que pudo para desarrollar internamente el país, mientras crecía la influencia estadounidense en Sudamérica, producto de la ausencia de neutralidad de Chile en 1942, frente al conflicto de la Segunda Guerra Mundial y el temor ante el crecimiento e influencia de la Unión Soviética en la zona.

La consideración de la carta del cardenal Pacelli a los católicos chilenos y a Chile no tuvo una respuesta positiva de parte de los conservadores, ya que se sentían depositarios y, en algunos casos, poseedores, de la fe católica y de su representación en la sociedad chilena, en cuanto a términos políticos. No se dieron cuenta de que iban en franco deterioro y que gran parte de la población católica ya no los seguía desde fines de los treinta del siglo pasado. Así, entre 1938 y 1946, no entendieron ni menos obedecieron a la jerarquía eclesial, en cuanto a las nuevas reglas que la institución religiosa había determinado en el área de la política. Los conservadores compitieron por sus intereses, poniéndolos por encima de la Iglesia, de su jerarquía y de algunos de sus clérigos.

Entre los sacerdotes, hubo algunos que solicitaron a los conservadores modificar su postura; sin embargo, estos no lo hicieron, pues aún poseían la dirección del Estado y la sociedad en sus manos. Así fue que el padre Hurtado se dirigía especialmente a los jóvenes descendientes de las familias conservadoras. Temiendo que, sin la cooperación de los verdaderos católicos, no habría cambio cualitativo en las relaciones sociales de los chilenos, idea que también comenzaba a profundizarse en otros clérigos más jóvenes y que, más tarde, tendría un significativo protagonismo histórico.

La Iglesia intentó trabajar y apoyar el área social según su convicción, pero faltaba una directriz nacional. Algunos jóvenes católicos intentaron responder a la problemática social chilena que se mantuvo durante los años cuarenta del siglo pasado, reunidos en la Acción Católica de Jóvenes, ACJ, y luego en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC. Sin embargo, su organización no incluía a toda la juventud católica del país, haciéndola poco efectiva y aceptada por la población nacional.

Los obispos, en general, se abocaron a tareas religiosas con escasas posibilidades de involucrarse en temas que señalaban los acontecimientos como situaciones de urgencia de la indignidad de la persona humana, sobre todo en lo social y cultural, golpeando con fuerza el área político-económica del país y, a la vez, a la sociedad, específicamente a los más necesitados. El mismo jesuita Alberto Hurtado mencionaba que los patrones y conservadores no deseaban ayudar ni promover a los más desposeídos. Además, siempre consiguió unir lo espiritual con el



mundo obrero y al de la calle. Esto trajo consigo críticas de parte de varios sectores de la sociedad nacional.

Por tanto, los obispos se preocupaban de los pobres, de los trabajadores y de todos los sufrientes, pero desde un punto de vista de la caridad. Creían en la justicia señalada por la misma Doctrina Social de la Iglesia, implementándola en una forma tradicional, por ejemplo en instituciones rurales católicas de asistencia social, pero con escasas repercusiones. Por lo mismo, no entendían los cambios que se requerían generar ni la modificación de la estructura que les provocaba temor ante la situación de que se les fuera de las manos la acción que justificara la justicia social, anhelada por la mayoría de la población chilena. Aunque no es menor también que los responsables no contaban con la asesoría necesaria, ni la presión suficiente para modificar las circunstancias y estructuras que seguían manteniendo a la población con variados problemas de salud, educación y vivienda, entre otros.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aliaga, **Fernando**. 1989: *La Iglesia en Chile*, Santiago: San Pablo.
- Arancibia, **Patricia**. 2009: "Entrevista a Monseñor Bernardino Piñera", en *Cita con Historia*, canal 58 ARTV, 06 septiembre.
- Araneda, **Fidel**. 1986: *Historia de la Iglesia en Chile*, Santiago: San Pablo.
- Bulnes y otros. 2001-2003: *Los Campesinos y Las Tierras de la Reforma Agraria Chilena*, Santiago: Universidad Arcis.
- Caro, **José María, y otros**. 1869: *Autobiografía El Cardenal Caro*, Santiago: Carrión e Hijos.
- Costadoat, **Jorge**. 2005: "Pietas et Eruditio in Alberto Hurtado, S.J.". En *Teología y Vida*, v. XLVI, Santiago: Universidad Católica.
- Espinoza, **Pedro**. 2005: "¿Es Chile un país Católico?". En *Teología y vida*, v.XLVI, Santiago: Universidad Católica. También en [scielo.php?pid=S0049-34492005000300008&script=sci\\_arttext](http://scielo.php?pid=S0049-34492005000300008&script=sci_arttext)
- Fairlie, **Richard**. 2006: "Las Relaciones del Estado y la Iglesia Católica en Chile desde 1925 a 1940". En *ANALECTA*, Viña del Mar: Universidad de Viña del Mar.
- Fairlie, **Richard**. 1991: *Estudio de la Estructura y Desarrollo de la Organización del dinero del Culto en la Arquidiócesis de Santiago 1927-1968*, Tesis de grado. Santiago: Universidad de Santiago.
- Gazmuri, **Cristián**. 1996: *Eduardo Frei Montalva 1911-1982*, Santiago: Fondo de Cultura Económica. También en [http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento\\_detalle.asp?id=MC0023229](http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0023229)
- Gómez, **Sergio**. 1985: *El Movimiento Campesino en Chile*, Documento de Trabajo N° 246. Programa FLAC-SO DE Chile.
- Lagos, **Tulio**. 1941: *Bosquejo Histórico del Movimiento Obrero en Chile*. Santiago: El Esfuerzo.
- Observador **Eclesiástico**. 1935: "Panorama Actual de la Iglesia Chilena". En *Hoy*, n° 175, Año IV, Santiago.
- Observador **Eclesiástico**. 1935: "¿Quién gobierna la Iglesia Chilena?". En *Hoy*, n° 204, año IV, Santiago.
- Salinas, **Augusto**. 1981: *Un Pastor Santo*. Santiago: Andrés Bello.
- Salinas, **Maximiliano**. 1987: "Historia del Pueblo de Dios en Chile". En *CEHILA*, Santiago: Gráfica Nueva.
- Alberto **Hurtado** (1901-1952), disponible en: [http://www.vatican.va/news\\_services/liturgy/saints/ns\\_lit\\_doc\\_20051023\\_cruchaga\\_sp.htm1](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/ns_lit_doc_20051023_cruchaga_sp.htm1)
- Padre **Alberto Hurtado**. Un Santo Para Chile, disponible en: [http://www.emol.com/especiales/padre\\_hurtado05.incomprensido\\_rostro\\_3.htm](http://www.emol.com/especiales/padre_hurtado05.incomprensido_rostro_3.htm)
- Centro de estudios y documentación **Padre Hurtado**, PUC, disponible en: [http://www.puc.cl/hurtado/home\\_1004.htm](http://www.puc.cl/hurtado/home_1004.htm)
- Zegers, **Agustín**. "Sobre Política y Acción Católica". En *El Diario Ilustrado*, 4 agosto 1942.